

quedó violado el pacto, desapareció el grandioso elemento de la prosperidad pública: las pasiones vieron brillar su día; pero la nación joven empezaba ya á sentir la parálisis que tan prematuramente había de orillarla hasta el sepulcro. ¿Quién conjurará esta tormenta? ¿quién pronunciará el *hasta aquí* al desenfreno de los partidos? ¿quién desplegará sus labios, para reclamar en frente de las furias indómitas los sacros deberes de la justicia? ¿quién volverá por la causa de la religion y de la moral en el fondo de ese torbellino político? ¡Ah, señores! Todo es en vano para salvar á la inocencia. *Expulsion de españoles*, pronuncia un soldado, *expulsion de españoles* grita un tribuno, *expulsion* gritan las turbas seducidas, *expulsion* resuena dentro de los muros encubiertos en que pasan los clubs: es una especie de fiebre, que cunde por todas partes. Elimínase de la historia de tres siglos cuanto podía tocar á la compasion y afectar á la gratitud; enloquécese las opiniones, prostitúyese la prensa, envilécese la crítica, condénanse los clamores de la verdad y los acentos de la justicia; y no parece sino que, para castigar el perjurio de tantos corazones avasallados á los intereses del momento, Dios dejó caer las tinieblas de la noche sobre las ántes esclarecidas mentes de tantos varones insignes. ¿Dónde está el hombre de esta época? ¿Dónde el varon celoso que ha de lanzar el terrible anatema de la posteridad? ¿Dónde la palabra triunfante que ha de pronunciar la solemne protesta de la verdad, de la justicia y de la religion contra los furores impíos de una faccion desenfrenada? ¿Quién se atreverá á desplegar sus labios en una crisis tan terrible? ¿Quién querrá ser el mártir de la patria, inmolando la boga del momento y la falsa quietud de la cobardía en las aras augustas del deber? ¡PORTUGAL, insigne PORTUGAL, esclarecido patriota: he aquí tu hora, he aquí tu teatro! A este punto del tiempo, á esta crisis de la patria te llaman tu genio, tu virtud y tu destino. ¡O días para siempre célebres! ¡O época perdurable en los fastos de la gratitud! En los momentos mismos, señores, en que la iniquidad consumó su obra, la virtud cívica creó un héroe. Partiéronse las entrañas de la grande nación, rompiéronse los lazos de la inmensa familia, hundiéronse las tradiciones gentilicias bajo las huellas confundidas de un pueblo de proscriptos y un pue-

blo de perseguidores; pero salvóse la verdad, salváronse los principios en la vigorosa elocuencia del Illmo. Portugal; y él solo, al frente de unos cuantos escogidos por Dios, para que el error y la iniquidad no prevaleciesen, quedó en pié sobre tantas ruinas, anatematizando lo presente y salvando el porvenir.

¿Qué no podría decirnos, señores, si analizando su vida política, ó siguiéndola paso á paso con la mirada profunda de la reflexion, me empeñase en mostrar uno por uno los cuadros magníficos que ella contiene? ¿Quién olvidará jamas aquella elocuencia varonil, aquella lógica irresistible, aquella fuerza de persuacion, aquel grave peso de autoridad que habian llegado á ser sus caracteres, y que se recordaban con solo su nombre? Sus mismos enemigos en el debate parlamentario rodeaban su tribuna cuando se anunciaba con la palabra, pagando así al orador insigne un tributo de admiracion y gusto, en los momentos mismos en que tronaban tambien contra el antagonista. ¡Admirable triunfo, que no consiguen por sí los mas bellos talentos, si no cuentan con el ascendiente de la autoridad y los respetos de la virtud!

¿Quién extrañará, pues, que aquel carácter social de primer orden haya constantemente fijado la opinion pública para los mas delicados empleos? ¿quién no ve, que solo la voz de la religion, llamándole á un principado de la Iglesia, pudo haber hecho que hubiese quedado vacía la silla curul que habia ocupado con tanta gloria?

Mas no imaginéis por esto, señores, que su advenimiento al episcopado hubiese apartado su corazon de las exigencias imperiosas, de las grandes crisis, de las glorias ó pesadumbres de la patria. Nunca olvidarémos aquella época en que las facciones triunfantes le mandaban á una parte, y la opinion pública le fijó en otra; en que marchando al destierro, entró en el gabinete; y en que, anticipándose tal vez aquella triste melancolía con que agrava el corazon del proscrito la imágen de la patria, se vió súbitamente convertido por la Providencia divina en un agente de la restauracion social, en órgano del poder público, bajo la investidura honorífica de *Ministro de justicia y negocios eclesiásticos*, cuando se trataba nada ménos que de restaurar la moral casi perdida, y de reponer á la Iglesia en los derechos que á mano armada

la habian disputado las pasiones políticas, desde los escaños del congreso y los palacios de los gobiernos.

Pero qué, ¿es esto todo? Sin duda alguna que ha ganado mucho lustre para la simple celebridad el ciudadano eminente que logra recorrer tantos grados por esta escala bien difícil de honores y de confianza pública: mucho es haber merecido el derecho de sufragio en las juntas electorales, pagado á la patria un cuantioso contingente de saber en las grandes discusiones; oprimido el error sofístico bajo el influjo de una dialéctica irresistible á la faz de ilustres galerías, avasallado el talento de la oposicion entre los aplausos del pueblo y ante la imágen seductora de la verdad triunfante en los parlamentos, encadenado la opinion, electrizado el entusiasmo y subyugado las pasiones con el ascendiente y bajo el poder de la elocuencia tribunicia. Pero vuelvo á decir, ¿es esto todo? Yo interpelo á vosotros, políticos profundos, sabios distinguidos, los que habéis ocupado y ocupáis aún los primeros asientos en la noble galería de nuestros hombres de Estado, los que sentís palpitar vuestro pecho cuando se habla de triunfos y derrotas en las vicisitudes inapreciables de la opinion, los que hojeáis el libro fugitivo de vuestras memorias políticas cuando se trata de caracterizar el influjo vário del talento, del genio y de la accion en la marcha de los negocios y en la suerte de la sociedad. ¿No es verdad que no se han limitado á solo esto vuestras aspiraciones patrióticas? ¡Ah! si en tan excelentes rasgos de un carácter político estuviera cifrado todo el bello ideal del ciudadano influente, la gloria seria de muchos; pero la gloria es de pocos, porque pocos en verdad llegan al *non plus ultra* del merecimiento y del concepto público. Sea que en esta noble prerogativa del genio y de la virtud figure solo el cálculo de la inteligencia en el gobierno de la conducta, sea que juegue tambien con sus caprichos la fortuna vária de los hombres, pocos entre ellos hai que cuenten con la luz y fuerza necesarias para salir del torbellino tenebroso de las contiendas civiles á presentar, con una frente limpia y un continente reposado y magestuoso, al hombre *sin miedo y sin tacha* de la historia, al héroe civil, si me permitís la frase, que despues de haber electrizado la imaginacion, ha recogido los triunfos mas espontáneos y

universales entre las turbas beligerantes, en medio de las crisis mas peligrosas y con el beneplácito de todos los partidos. Esto es ya mucho, señores; esto es todo, porque esto es la gloria en el orden civil; y, demos á Dios las gracias, esta gloria social fué la propiedad cívica, digámoslo así, del Illmo. Sr. Portugal, considerado como ciudadano, como elector, como diputado, como senador, como ministro, como patriota y como verdadero mejicano. Dios nos dió una patria, y quiere que la amemos: á Dios vuelva la gloria de que Méjico cuente entre sus hijos un modelo tan perfecto de todas las virtudes sociales.

Pero, señores, decidme: si hubiésemos de suprimir de aquí las ideas de la religion; si en la imponente categoría de tantas causas impulsivas de la conducta social no figurase, y en el mas excelso rango, el verdadero fin del hombre, cifrado en amar á Dios sobre todas las cosas, para verle y gozarle eternamente; si con tan penosos é ilustres esfuerzos no ambiciona el ciudadano distinguido sino el incremento de los honores, la boga popular, el respeto y la admiracion del mundo; ¿qué viene á ser todo esto que acabo de presentaros como un tegido brillante de preciosas margaritas para ornar las sienes de mi héroe? Dicho estaba por el sabio mucho tiempo ántes de que la gloria cubriera con sus albores póstumos las elegantes estátuas de los Demóstenes y Tulios, de los Cincinatos y Camilos y tambien de los Constantinos y Carlo-Magnos. ¡Vanidad! ¡Vanidad! ¿Quién puede pasar su vista por las primeras páginas del Ecclesiastes, de esta tristísima recapitulacion de todas las grandezas humanas, que hace la Verdad por esencia en el primero de todos los libros, quién, que acabe de leer estas páginas, tendrá todavía calor en la sangre, colorido en la imaginacion, aliento y ánimo, para escuchar sin frialdad esas narraciones fastidiosas de unos hechos, ruidosos é ilustres, si queréis, pero en que no hayan tenido parte alguna la religion y la moral?

Acordaos de aquel Rei en quien parecian competir la gloria y la sabiduría; acordaos de aquellos instantes solemnes en que, llamando á la revision la historia de un reinado magnífico, pronunció á la faz de los siglos dos palabras que han quedado vivas sobre los sepulcros, para perpetuar en el pensa-

miento de las edades futuras todos los desengaños: *¡¡ Vanidad de vanidades!!* Acordaos de aquel rigor inflexible con que somete á la lei de la nada hasta lo que ménos accesible parece á los embates de la muerte, es decir, las producciones del pensamiento: "Yo he aplicado, decia, mi corazon al pensamiento de la prudencia y de la doctrina, de los errores y desaciertos, mas he visto que aun esto no era mas que afliccion de espíritu." Acordaos de aquel sublime resúmen que hace de la misma naturaleza, de aquella vista profética sobre el mundo físico y moral, de aquel exámen severo de cuanto pasa en el orbe entre la admiracion y la fama, reducido todo, bien lo sabéis, á la triste condicion de la vanidad. "He presenciado todo cuanto pasa en la tierra, decia, solo para desengañarme de que todo es vanidad y afliccion de espíritu."¹ Pero al ménos, será plácido para el alma el pequeño rato de la existencia: pasa la gloria efimera del tiempo; mas pasa entre las risas y los placeres. ¡Ah, señores! ¡vano consuelo, triste y miserable recurso! *¡¡ Vanidad!! ¡¡ Vanidad de vanidades, y todo vanidad!!!*

Si en esto pues, vienen á parar todas las cosas; si las concepciones ilustres, los caracteres eminentes y los hechos famosos, pierden hasta su significado propio en el sepulcro; riquezas, magnificencia, talento, genio, poder, grandeza, celebridad, gloria, términos excepcionales, expresiones negativas con que la vanidad intenta de continuo fascinarse, abandonad por fin nuestro entendimiento y nuestro corazon, para dejar el campo libre á la moral; salid hasta de las páginas de nuestros libros; no vengáis á tiranizar con vuestras imposturas nuestra existencia, atrayéndonos de continuo hácia esos lechos de flores que os complacéis en tender sobre las lozas de los sepulcros! ¡No nos impongáis con vuestros vanos prestigios la dura lei de invocarnos, ni ménos aún en estas festividades de la muerte!

Ya no me admiro, señores, de haber visto colocada la abnegacion de sí mismo en lugar de la grandeza, del brillo y del poder en el código sublime de la gloria: no me pasará ver alguna vez vacíos los tronos, y abandonadas las cortes pa-

¹ Véase el capítulo del Eclesiastes de donde se ha tomado el fondo de esta prueba.

ra poblar los desiertos y habitar los claustros: ya sé porqué los Crisóstomos y Basilio huían, como la paloma amenazada por la saeta, de una mitra que venia á colocarse sobre su frente: no me confunde ver á los Gerónimos y Agustinos desdeñar los laureles de los Demóstenes y Tulios, á la vista de una cruz de madera: nada tiene de extraño para mí que el ángel de las escuelas católicas haya preferido á Dios sobre todo, cuando Dios venia ex-profeso á ceñir sus sienes con la corona que quisiera escoger en recompensa de la sabiduría con que estaba admirando al mundo. Ya comprendo porqué las rojas palmas del martirio crearon una pasion, digámoslo así, en el pecho de los primeros cristianos, y porqué el Apóstol de las gentes, despues de haber visitado el Areópago, no queria saber mas que á Jesucristo crucificado. Todo lo que el tiempo mide y la muerte toca, no merece fijar nuestra atencion: nada de lo que concluye es duradero, y una alma nacida para la eternidad no puede encontrarse bien bajo el cómputo mezquino del tiempo.

¡Infeliz de mí, señores, desdichado tambien de mi héroe, si no hubiésemos comprendido la gloria como la pinta y retrata el Espíritu divino por la boca de Salomon! Su vida entónces y su gloria se habrian evaporado sobre esa tumba, y mis alabanzas se perderian en el desierto, como los fugaces brillos de la vanidad en las tinieblas del sepulcro. Pero no es así. Predestinado por la gracia para edificar con las lecciones y los ejemplos de una verdadera sabiduría, el Señor Portugal sorprendió el desengaño en su corazon desde la mañana de su vida. Mas instruido en la ciencia de salvarse que en el arte de distinguirse, sabia mui bien el uso que debia hacer de las grandezas de este mundo, y comprendia la eterna subordinacion en que Dios ha querido colocar los atributos de la gloria.

No estaba en su mano, bien lo sabéis, desprenderse de la luz que le rodeaba por todas partes. Por una razon contraria, la gloria sigue al genio y á la virtud, como la sombra sigue al cuerpo. Tembló delante de su fama; entraba en alarmas continuas al contemplar su influencia; agotaba los recursos para contrabalancear los espléndidos homenajes que á cada paso se le ofrecian: su deber, desarrollando esa accion maravillosa que tiene tan pocos imitadores, daba un incremento

continuo á su grande reputacion, y su conciencia, siempre al frente de la eternidad, parecia convertir en tormento lo que otros codician para su corazon cuando persiguen la gloria. Estudiaba sin cesar sus propios defectos, observaba escrupulosamente su limitacion, retiraba suavemente cuanto pudiera lisonjear su amor propio, y se afirmaba, como una inmensa estatua de bronce, sobre el cimiento de la mas humilde abnegacion, para sostenerse á la vista de su propia celebridad. Inoculó para siempre la gratitud en el corazon de sus ciudadanos, porque amaba al prójimo como á sí mismo; pero cerró siempre las puertas del suyo al concepto elevado, á la constante admiracion que producía y á los tributos eminentes y espontáneos que se le prodigaban, porque nunca quiso ver al hombre en la grandeza porque amaba á Dios sobre todas las cosas; y ya que no le era posible renunciar á la celebridad; sorprendiendo el secreto de hacerla sólida, quiso incorporarse todo en las glorias inmortales de la virtud. A cada triunfo un sacrificio; á cada homenaje de la tierra una oblacion al cielo; á cada rayo de gloria una secreta confusion: he aquí su táctica, señores, para sostener con vigor y con buen éxito esa no interrumpida contienda que la humanidad sufre, durante su travesía por la vida, entre los sentidos y el espíritu, entre la religion y el mundo, entre la gracia y la naturaleza, entre la virtud y la gloria.

¡O si me fuera dado analizar aquí, para edificaros con su misma grandeza, todos los eminentes caracteres de su carrera social, seguir uno por uno todos sus triunfos en las grandes vicisitudes de la política, para mostraros en el gran principio que gobierna la accion del cristianismo la fuente de la prosperidad pública, el agente supremo de la civilizacion y el timbre católico del verdadero ciudadano! Mas yo debo llamar las glorias del Señor Portugal á la region de los sentimientos mas íntimos de todos los michoacanos, encarecer su preciosa vida en sus relaciones vastísimas con esta Santa Iglesia de Michoacan y toda la Iglesia mejicana, distraeros del ciudadano al Pontífice, para que observéis la gloria de Dios en el todo mas completo; trazaros el cuadro magnífico de sus virtudes apostólicas; y para ceñirme á una sola palabra, mostrar las glorias del episcopado en el genio y las virtudes de nuestro último Pontífice, dejando correr por todo este respe-

table auditorio el perdurable lustre de una institucion sublime que ha domado la barbarie, creado la civilizacion moderna, garantido las leyes, conservado el culto, depurado los principios, vindicado la fe, extendido la esperanza, estrechado los vínculos del amor, desarmado al cielo y santificado la tierra.

SEGUNDA PARTE.

Hai, señores, un estado cuyos caracteres elevan al hombre sobre las primeras cumbres de la tierra, para difundir la luz que purifica y enriquece la inteligencia, y el valor que forma las grandes virtudes, regir la conducta de los pueblos y enderezar al goce pleno de la mas alta ventura la siempre difícil y turbulenta marcha de toda la humanidad: un estado de misterio, por explicarme así, en que se personaliza la sublime alianza entre los cielos y la tierra; un estado que resume cuanto los otros tienen de expansivo, benéfico y fecundo, y en que un solo ministro, tomando á su cargo la suerte y la felicidad de todos los hombres, no lleva el nombre de *padre* y de *pastor*, sino porque á él toca por derecho difundir todas las luces, impedir todos los males, producir todos los bienes, enjugar todas las lágrimas, formar todas las virtudes y expedir el diploma decisivo para la eternidad: un estado por último, que afirma el poder, santifica la obediencia, conserva la moral, enseña la verdad, patrocina la virtud, consolida la grandeza y diviniza la gloria; en que el hombre ha llegado á reunir en un solo punto los intereses de Dios, los de sí mismo y los de todo el género humano; y en que no parece morir para el mundo, sino á fin de conquistar la inmortalidad de los cielos.

El hombre llamado á un estado tan sublime es depositario de un tesoro inestimable, y cuenta con una fuerza y un poder irresistibles. El posee la sabiduría, practica la prudencia, enfrena las pasiones, concierta los atributos de la inteligencia con las cualidades del corazon, se incorpora en la felicidad que él mismo produce, y ante la imágen siempre viva y siempre fuerte de la virtud disipa las tinieblas de los sepulcros y humilla el poder indómito de la muerte. Co-